

Manuel Moyano

El abismo verde



menos**cuarto**

EDICIONES



menos**cuarto**

Colección CUADRANTE NUEVE

© Manuel Moyano, 2017

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2017

Imagen portada: *Angkor roots*, by Francisco Anzola

Diseño de colección: ECHEVE

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

ISBN: 978-84-15740-44-5

Dep. Legal: P-63/2017

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F

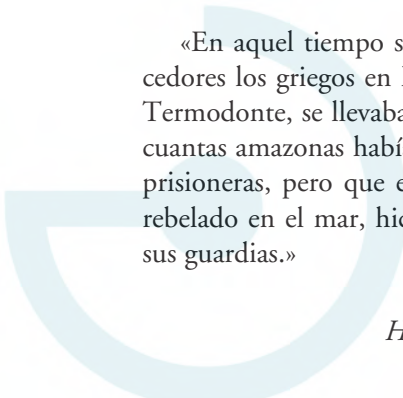
34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



«En aquel tiempo se dice que, vencedores los griegos en la batalla del río Termodonte, se llevaban en tres navíos cuantas amazonas habían podido coger prisioneras, pero que ellas, habiéndose rebelado en el mar, hicieron pedazos a sus guardias.»

HERÓDOTO
Historia, Libro IV

menoscuarto
EDICIONES

I

Dios somete a pruebas implacables a sus emisarios; por eso acabé apartándome de Él. Durante cierto tiempo, mientras aún ejercía el sacerdocio, fui conocido como «el Padrecito»: así solían llamarme los habitantes de aquel inmundo pueblo amazónico de Agaré, antes de que su propia insensatez los borrara de la faz de la tierra.

Una de las primeras constataciones de la crueldad de Dios la obtuve en un periplo por las aldeas del interior, cuando todavía era un novicio medio lelo e imberbe y el padre Orbaneja —mi mentor— quiso mostrarme de primera mano las paupérrimas condiciones en que malvivían los mestizos de la región. Al tercer día de trayecto recalamos en la populosa Mapucho, una antigua colonia de mineros que, ya esquilmo por completo el subsuelo, se resistía tercamente a desaparecer. No sé cómo se mantenía aquella gente, pero disponían de una iglesia, tiendas, escuela, varias tabernas y hasta un prostíbulo con farolillos rojos en su fachada. Nunca he visto más beodos de los que me topé ese día por las calles de Mapucho, si es que podía llamarse calles a aquellos lodazales sin nombre que, en época de lluvias, debían de ser impracticables.

Y ese día, precisamente, llovió. Comenzó a llover de forma desahogada justo cuando acabábamos de aposentar-

nos en una fonducha que sin duda habría conocido tiempos mejores y en la que —cosa rara en la zona— se despachaban platos calientes. Mientras afuera serpenteaba una espesa cortina de agua, nos acompañó a la mesa el párroco de Mapucho, un francés largo y enjuto cuyo nombre he olvidado, pero de quien sí recuerdo que trataba al padre Orbaneja con palpable servilismo. A saber cómo había ido aquel hombre a dar con sus huesos allí. Cuando, en algún instante de la conversación, dejó caer que era natural de Nantes, la capital del Loira, yo exclamé exaltado: «¡Nantes, la ciudad donde nació Julio Verne!», a lo que él reaccionó mirándome de soslayo, como si leer novelas de aventuras le pareciese la cosa más estúpida del mundo.

Para almorzar nos sirvieron un guiso a base de mandioca, lleno de grumos, que si logré hacer pasar por la garganta fue gracias al recio vino español que el padre Orbaneja solía llevar consigo. Luego, mientras saboreábamos nuestros cigarrillos de sobremesa con la dulce perspectiva de no hacer nada durante el resto de la tarde, el dueño de la fonda asomó la cabeza por la ventana para anunciar que ya había escampado. Nada más escuchar sus palabras, mi superior se empecinó en dar un paseo por los alrededores, pese a que el pueblo se había convertido en una verdadera ciénaga. Pocas cosas podían atraerme menos en aquel momento, pero no supe cómo oponerme a su deseo.

El día ya empezaba a declinar. Las nubes desfilaban hacia el oeste como un ejército que se retirase a sus cuar-

teles de invierno, y de los árboles descendía un ensordecedor guirigay de monos y guacamayos. Nuestras botas se hundían hasta desaparecer en el fango, que pronto había embadurnado los hábitos de mis acompañantes. Embarrados y todo, nos permitieron entrar en un colmado donde adquirí, por un poco de calderilla, un sombrero de hoja de palma trenzado a mano que todavía conservo mientras escribo estas líneas. También fue en aquel mismo local donde engullí, a sugerencia del franchute, unas bolitas bañadas en chocolate que resultaron ser una especie de escarabajos: hasta pasados varios días no lograría desprenderme del regusto amargo que me dejaron en la boca.

A las afueras de Mapucho se levantaba un campamento de tiendas mugrientas, mil veces cosidas y remendadas, que se hallaban distribuidas en círculo alrededor de una monumental ceiba. El párroco nos dijo que se trataba de una feria ambulante instalada allí pocos días atrás. Aún no había tenido ocasión de visitarla, pero contó que, según sus feligreses, aquellos feriantes traían consigo «algo extraordinario». Tuvimos ocasión de ver a una echadora de cartas, malabaristas, macacos amaestrados, ponis, un puesto de chucherías y hasta una tómbola donde se rifaban muñecas con cara de vejestorio que daban grima. Todo destilaba cierta sordidez, una atmósfera de completo aburrimiento. En cuanto a los feriantes, no tardé en descubrir que eran gitanos; aunque yo conocía bien el carácter nómada de su raza —a menudo los

veía en el barrio donde me crié—, no dejó de sorprenderme dar con ellos en un rincón tan apartado del resto del mundo.

El francés se detuvo a hablar con un grandullón de tez renegrada y expresión abotagada que montaba guardia ante una tienda de lona. Después de que le deslizase una moneda en la rugosa palma de su mano, el gitano nos invitó con un desganao gesto a seguirle. Apenas era posible distinguir nada en el interior de la tienda, cuyo techo abombado rozaba nuestras cabezas y nos desbarataba los cabellos cargándolos de energía electrostática. De repente se oyó, procedente del fondo, algo así como un siseo quejumbroso: un sonido que, por su extraña calidad, me produjo un estremecimiento. No entendí lo que nuestro aleargado guía masculló a continuación, pero sí escuché cómo el párroco, quien caminaba un par de pasos por delante, exclamaba: «*Sacre bleu!*». Me agarré instintivamente a la sotana de Orbaneja. En la penumbra se fue dibujando poco a poco ante nosotros una figura humana, completamente desnuda, que permanecía recostada en el suelo y encadenada a un poste.

—¿Qué es eso? —oí bramar a mi superior—. ¿A quién tienen ahí atado?

Retrocedió varios pasos y, de un brusco manotazo, apartó la lona de la entrada para que penetrase la última claridad del día. Unos chillidos agudos, más propios de un animal que de una persona, brotaron del misterioso inquilino de la tienda. Confusamente atisé una piel ana-

carada y una cabeza de nariz chata y orejas diminutas. Fuera lo que fuese la criatura allí cautiva, sus genitales parecían corresponder a una hembra. También mostraba una gran herida abierta y aún supurante en el costado izquierdo. Su mirada y la mía se cruzaron fugazmente. ¿Había inteligencia en aquellos ojos? No tuve tiempo de cerciorarme de ello, puesto que el centinela gitano ya había vuelto a cubrir la entrada de la tienda y la oscuridad nos abrazó de nuevo.

—¿Qué es lo que han hecho? —nos recriminó en tono desabrido—. No soporta la luz. Váyanse ahora mismo de aquí.

Pero una vez fuera, lejos de marcharse, un indignado Orbaneja exigió a gritos hablar con el mandamás de aquel tinglado. El grandullón terminó dejándose convencer por la autoridad que le inspiraban las sotanas y nos condujo ante un tipo resabiado, de dientes desiguales y tocado con un sombrero negro, quien al verse interpelado acerca de su atracción principal se mostró poco dispuesto a extenderse en explicaciones. Lo que sí dijo era que consideraban a aquella mujer —la llamó «mujer»— peligrosa, y que por eso le habían cortado las uñas con unas tenazas. Unos mestizos la habían encontrado semanas atrás en la selva, mientras buscaban a los ocupantes de una avioneta accidentada, y la herida del costado se la habían causado precisamente al capturarla. Todo eso había ocurrido a unos ciento cincuenta kilómetros de allí, en un pueblo llamado Agaré.

Agaré: aquella fue la primera vez en mi vida que escuché ese infausto nombre.

De regreso a la fonda, el francés estuvo charlando todo el rato de cosas vanas e insustanciales, como si aquella visión no le hubiese causado la más mínima perturbación, o como si no le pareciese digna de ser comentada. Pero, en lo que a mí respecta, pasé toda la noche en vela, con los ojos clavados en el techo y meditando sobre el destino de aquel extraño engendro, pensando en Dios. ¿Por qué había dotado a un feto humano de semejantes taras para luego arrojarlo así al mundo? ¿Por qué se recreaba en procurar la desdicha a quienes se hacían llamar sus hijos...? Tal vez fuera esa noche, en aquella humilde pensión de Mapucho, mientras bestezuelas invisibles murmuraban en la espesura, cuando la fisura que ya había empezado a abrirse en mi fe se ensanchó hasta un punto en el que nunca podría volver a cerrarse.

A la mañana del día siguiente, un padre Orbaneja de ojos enrojecidos y habla farfullante irrumpió en mi habitación para comunicarme que había decidido rescatar a aquella persona de manos de los cíngaros y ponerla bajo la custodia de la Iglesia. «No podemos permitir que la traten como a una alimaña y seguir llamándonos cristianos», pregonó en voz alta y sin mirarme. Al igual que yo, no parecía haber pegado ojo en toda la noche. Su aliento olía a vino.

Recuerdo que esa mañana todavía persistía en mi paladar aquel asqueroso sabor a escarabajo, y que los

habitantes de la selva proferían ya su algarabía habitual. La tierra se había tragado el agua caída el día anterior y el camino resultaba transitable, por lo que tardamos poco más de veinte minutos en llegar al campamento gitano. Su jefe o patriarca, que bebía morosamente café sentado en el estribo de una caravana, nos reveló sin inmutarse que «la mujer» había muerto durante la noche. Luego se lamentó de forma histriónica por haber perdido tan importante fuente de ingresos, acusándonos de haberla sobresaltado la tarde anterior y sugiriendo, incluso, que debíamos pagarle una indemnización por ello.

Sordo a sus palabras, mi superior exigió ver el cadáver, pero el gitano aseguró que lo habían arrojado al río con las primeras luces del día y que ya debía de hallarse a muchos kilómetros de allí, aguas abajo. Como viera que lo poníamos en duda, nos condujo hasta el entoldado de lona para demostrarlo. La tienda, en efecto, estaba vacía, aunque en ella persistía un vago olor a moho o a ciénaga. Probablemente mentía y habían escondido a su prisionera en alguna otra parte, en espera de que nos marchásemos de allí. Pero Orbaneja no insistió más. Me pareció que con aquel trámite había conseguido aplacar ya su sentido del deber y que en el fondo, una vez pasados los efectos euforizantes del alcohol, se alegraba íntimamente de no haber tenido que hacerse cargo de aquella anomalía.

II

Dos años después de aquel extraño suceso tomé por fin los hábitos. Fue durante la primavera siguiente —tras varios meses de vómitos, constantes cambios de humor, temblores en las manos y balbuceo de frases inconexas— cuando el padre Orbaneja abandonó el mundo de los vivos. Tuve ocasión de ver su cuerpo desnudo antes de que lo envolvieran en un sudario: el vientre inflamado, el escroto del tamaño de un puño, le habían crecido senos de mujer pubescente. Oficialmente murió de cáncer de hígado, aunque los más allegados sabíamos que lo había devastado una cirrosis hepática de las más severas: de ahí aquellos síntomas. Lamenté con toda mi alma su desaparición, y no solo porque le tenía en grandísimo aprecio, sino también porque —así quiero creerlo— ese sentimiento era mutuo.

No ocurrió lo mismo con su sucesor, el padre Sicilia, con quien choqué desde el primer día. Aquel hombre acharrado de ojos saltones y boca de buzón, recién llegado de la metrópoli, pareció adivinar muy pronto —antes incluso que yo mismo— que dentro de mí estaba germinando un futuro apóstata. No sé si se debió a alguna observación que hice, a mi actitud en general, o simplemente a la forma en que lo miraba, pero empezó a tratarme con indisimulado

desprecio y a encargarme las tareas más bajas y humillantes, para consternación o regocijo de mis hermanos según fuera el caso. A lo largo de los siguientes meses sostuvimos varios enfrentamientos verbales, y en uno de ellos me faltó poco para agredirle. Aunque, por supuesto, no llegué a hacerlo, él leyó ese impulso en mis pupilas. Por ello, cuando días después fue necesario hacerse cargo de la remota parroquia de Agaré a raíz de la súbita muerte de su responsable, no debió de vacilar ni un segundo en decidirse por mí.

Pero, lejos de lamentarme por mi mala estrella, sentí una gran alegría ante la perspectiva de poner tierra de por medio. Y no solo porque de ese modo perdía de vista al padre Sicilia, alias Cara de Rana, sino también porque en aquella época estaba poseído por —llamémosla así— una incontenible sed de aventuras. Antes que la Biblia, que me parecía tan soporífera como deprimente, prefería leer a Jack London, a Robert Louis Stevenson o al propio Verne, cuyas novelas escondía bajo mi colchón y devoraba por las noches de tapadillo a la luz de una linterna. Más de una vez me he preguntado si fueron las obras de aquellos escritores, y no el afán de propagar la fe de Cristo, las que me empujaron en realidad a la vida en misiones.

Cuando la Orden puso a mi disposición un caballo peruano de color bayo y crines negras, con magnífica planta aunque algo entrado en años, me sentí el hombre más afortunado del planeta. El viaje desde la capital hasta Agaré se demoró ocho largos días, ocho días de gloriosa cabalgada en solitario a través de vastas llanuras, inmen-

sos bosques y pletóricos ríos, que se contarán siempre entre los más felices de mi vida. En mi mente resonaba una y otra vez, como una jaculatoria, esta frase de Stevenson: «Todo lo que pido es el cielo sobre mí y un camino bajo mis pies». Dos de esas noches dormí al raso, contemplando la lenta danza de las constelaciones sobre mi cabeza y despreciando la amenaza de los asaltantes y de las fieras porque, por aquel entonces, me creía inmune a cualquier peligro.

A la octava noche, un viernes, llegué por fin a Agaré. La oscuridad era absoluta, a excepción de una casa iluminada que resplandecía como un faro en mitad de la selva. Amarré el caballo a un poste, casi a tientas, y empujé la puerta. No se trataba de una vivienda particular, sino de una ruidosa cantina atestada de humo y plagada de toscos mestizos de entre veinte y cuarenta años, todos ellos varones. Mi inesperada aparición provocó una nube instantánea de silencio. Siguiendo las instrucciones del padre Sicilia pregunté, sin dirigirme a nadie en particular, por un tal Montesinos. Un tipo menudo, ataviado con una guerrera de color verde oliva, se incorporó ágilmente de su taburete.

—Usted tiene que ser el nuevo padrecito —dijo con una voz entre áspera y nasal.

Me estrechó la mano vigorosamente, como si quisiera demostrar así que su fuerza era mayor de lo que anunciaba su estatura. La noticia de mi llegada no parecía haber despertado excesivo interés entre la concurrencia,

ya que el bullicio se reanudó enseguida a nuestro alrededor. Mientras yo trataba de entender cómo aquel Montesinos había adivinado mi condición de religioso, dado que iba de paisano, él me preguntó si deseaba beber algo. Acepté un vaso de alcohol de caña, pero lo encontré tan fuerte que, tras darle un sorbo, lo abandoné sobre la barra. En primer lugar quise saber cómo había muerto mi antecesor, el padre Carreras, ya que ese dato se desconocía en nuestra comunidad. El tal Montesinos me reveló que lo había matado una araña roja.

—Son rarísimas de ver —aclaró—, pero si le pica una encomiéndose a Dios, porque no existe antídoto.

Me sorprendió que hablara un castellano irreprochable, ya que los habitantes de aquella región solían intercambiar expresiones en su lengua nativa —el tupí— y en la práctica resultaba muy difícil entenderles. Seguramente mestizo, desde el punto de vista racial hubiese podido pasar por peninsular puro, ya que, a diferencia de sus barbilampiños convecinos, gastaba un enorme mostacho y unas largas patillas asimétricas. La pistola al cinto y su forma altanera de conducirse me llevaron a comprender que representaba a la autoridad en Agaré.

—Querrá descansar —dijo.

Me hizo desatar el caballo y seguirle. Parecía orientarse a la perfección en las tinieblas, mientras que yo no dejaba de tropezar con todos los obstáculos que encontraba a mi paso, como si mis pies se sintieran atraídos por ellos. Pronto discerní la mole vertical y algo siniestra de

un campanario, especie de vigía monstruoso que acechase en las tinieblas. Montesinos hizo tintinear un manojito de llaves y abrió la puerta de una casa que quedaba por detrás de la iglesia. Mientras despabilaba un quinqué, me reveló que en Agaré no había electricidad.

Bajo aquella luz temblorosa vi por primera vez el que iba a ser mi nuevo hogar: una gran habitación desnuda, como planificada para alojar a varios misioneros, de cuyas paredes mal revocadas colgaban un crucifijo y un retrato en blanco y negro —torpemente coloreado a mano— del papa Pablo VI. Sobre el piso de tierra se extendían varias alfombras estratégicamente dispuestas, consistiendo el único mobiliario en una mesita, una silla, una estantería abarrotada de libros y una cama. Un desportillado orinal de porcelana hacía las veces de escusado. La ropa del padre Carreras y su sombrero colgaban como murciélagos en reposo de un perchero.

Dejé caer mi maleta sobre la cama, cuyas sábanas aún conservaban la silueta de su antiguo ocupante. Montesinos me contó que lo habían encontrado muerto allí mismo y que, desde entonces, nadie había querido tocar nada. De hecho, y como pronto descubrí con irreprimible repugnancia, aún se apreciaba la huella de los humores evacuados por el organismo del misionero al morir. Quizá fuera esa la causa del sutil hedor que se percibía nada más penetrar en la estancia. Retiré las sábanas cogiéndolas con aprensión de las esquinas y las amontoné en el suelo, dispuesto a dormir directamente sobre el jergón.

Se oyó relinchar al caballo. Después de ocho días juntos, lo conocía lo bastante bien para advertir un timbre de miedo en su voz. Montesinos me aconsejó no dejarlo de noche al aire libre, por el peligro de las fieras, y se ofreció a guardarlo en su establo. También me aseguró que me facilitaría algún producto con el que fumiigar la habitación. Añadió que tal vez el padre Carreras no hubiese tomado esa precaución, habitual en la zona, de ahí que hubiera acabado sufriendo «la picadura de un insecto». No me molesté en aclararle que las arañas no son insectos. Tras dejar caer algunas observaciones sobre la meteorología de la región, se despidió tomando mi caballo de la brida.

Por fin, me quedé a solas. La noche era nauseabundamente húmeda y cálida. Me quité toda la ropa salvo los calzoncillos y me dejé caer sobre el camastro como un peso muerto. Sin embargo, demasiado excitado por el aluvión de novedades que acababa de recibir, pronto comprendí que no iba a lograr dormirme así como así. Encendí un cigarrillo y me levanté para mirar a través de la mosquitera que cubría la ventana: fuera no se veía otra cosa que una densa oscuridad.

Bajo la luz vacilante del quinqué ojeé los libros y documentos legados por el difunto: un par de biblias, catecismos, encíclicas papales y cuadernos de notas para sus homilías, así como sendos ensayos ciclostilados de Leonardo Boff y Jon Sobrino. Mi antecesor parecía haberse interesado por la teología de la liberación, corriente ideológica que Cara de

Rana denostaba con retrógrada vehemencia, lo que me llevó a sentir una inmediata simpatía hacia él. Aparte de un arrugado mapa de la región, los pocos volúmenes laicos que encontré fueron un tratado de historia natural y algunos de los *Episodios nacionales* de Galdós; nada, por desgracia, de Pío Baroja, el único escritor de entre mis compatriotas por cuyas obras sentía cierto aprecio.

Apagué el quinqué y me quedé a oscuras, fumando sin parar, hasta consumir mi único paquete de cigarrillos. No dejaba de oír un coro lejano de voces ebrias que procedía, sin duda, de la cantina. Ignoro qué hora era cuando por fin cesó, pero, en ese momento, los misteriosos murmullos de la selva pasaron a primer plano. Paradójicamente, allí dentro, protegido por aquellas cuatro paredes mal enlucidas, me sentí más indefenso que durante las dos noches en que había dormido al raso. Pese a mi alegría mientras viajaba hacia Agaré, lágrimas de rabia pugnaban ahora por aflorar a mis ojos. Muy lejos de aquel lugar, en la capital, el padre Sicilia debía de estar saboreando su venganza: había conseguido exiliarme al último rincón del planeta, al culo del mundo.